

A los ojos de la imaginacion el mundo real languidece junto á sus ficciones. Las fantasmas de la imaginacion tienen una vaguedad, una indeseion de formas que se perciben mil veces antes que la claridad y distincion de las percepciones actuales. Y despues á menos de no estar loco rematado y que la pasion no nos haga siempre este servicio, es dificilísimo ver la realidad de otro modo que es, es decir, sumamente imperfecta. Al contrario, de la imájen se hace todo lo que se quiere, se la metamorfosea sin saberlo, y se la embellece cuanto se desea. Existe en el fondo del alma humana un poder infinito de sentir y de amar, al cual el mundo entero no responde ni menos cualquier criatura por mas hechizo que posea y mas encantos que atesore. Toda belleza mortal vista de cerca no basta á satisfacer este poder insaciable que su vista escita. Pero de lejos los defectos desaparecen ó se debilitan, los matices se revuelven y se confunden en el claro-oscuro de la memoria y del sueño y los objetos agradan mas porque están menos determinados. La propiedad que tienen los hombres de imaginacion es poderse representar las cosas y los hombres de diferente modo que son y apasionarse por estas imájenes fantásticas. Aquellos hombres á quienes se ha llamado positivos, no son mas que los hombres sin imaginacion, que no perciben lo que quisieran y miran la realidad tal cual es en sí en lugar de trasformarla. Generalmente poseen mas razon que sentimientos, podrán ser buenos y honrados, mas nunca serán poetas ni artistas. Lo que *hace* al artista y al poeta es á un fondo de buen sentido y de razon, (sin el que todo lo demás es nada) unir un corazon sensible, irritable si se quiere,

y sobre todo una viva, poderosísima imaginacion.

Si el sentimiento obra la imaginacion se percibe fácilmente, y la imaginacion devuelve con usura al sentimiento sus dones poderosos.

Digámoslo por fin: esta pasion pura y ardiente, este culto por la belleza que constituye al grande artista no se puede encontrar sino en un hombre de imaginacion. En efecto el sentimiento de lo bello puede despertarse en cada uno de nosotros ante un objeto digno de nuestras miradas, mas cuando este objeto ha desaparecido, si su imájen no subsiste vivamente fija en nosotros el sentimiento que ha tenido un momento de escitacion, se borra y debilita poco á poco, podrá volverse á animar á la vista de otro objeto, pero morirá siempre para renacer al acaso, no estando nutrido, aumentado, exaltado por la reproduccion viva y continua del objeto en la imaginacion, carece de este poderio inspiratriz sin el cual ni existe el artista ni se halla el poeta.

Una palabra aun sobre otra facultad que no es una facultad simple sino un feliz metamorfosis de las que acabamos de estudiar, el *gusto*, tan maltratado y tan abiertamente limitado en todas las teorías.

Despues de haber oido una obra poética ó musical, despues de haber admirado una estátua ó un cuadro, si nos hallamos dotados de la preciosa facultad que retrata vivamente lo que los sentidos han visto, que vé el cuadro ausente, oye los sonidos que han cesado, y se representa todos los pormenores de un paisaje pintorezco, en una palabra, si tenemos imaginacion poseemos la facultad que segun las condiciones con que en nosotros se halla y segun la direccion que se le dé nos producirá la adquisicion de un ver-



dadero gusto ó buen gusto. En efecto, para gustar las obras de imaginacion ¿no será necesario tenerla? ¿no será preciso para sentir un autor ya que no igualarlo asemejarsele á lo menos en cierta manera? ¿un espíritu sensato pero seco y austero como el de Condillac y el de Luzan, no son acaso insensibles á los mas felices atrevimientos del genio, no conservan en sus investigaciones criticas una severidad apocada y una *razon* muy poco *racional* puesto que no comprende todos los aspectos de la naturaleza humana y una intolerancia que mutila y disea el arte creyendo de purarlo?

Por otra parte, la imaginacion no basta para la apreciacion de la belleza. Hay mas. Esta vivacidad de imaginacion, tan preciosa para el gusto cuando es un poco moderada, no produce cuando predomina sino un gusto imperfecto, que no teniendo á la razon por fundamento, no se apercebe de sus juicios, y se espone á comprender mal la mas grande belleza, la belleza regulada. La unidad en la composicion, la armonia de todas las partes, la justa proporcion en los detalles, la combinacion arreglada de los efectos, la sobriedad y la medida, son otros tantos méritos que no sentirá ni pondrá en su puesto. La imaginacion entra por mucho en las obras de arte, pero no es el todo de ellas. Lo que hace *Poliuto* y el *Misántropo* sean dos incomparables maravillas, ¿es solamente la imaginacion? ¿No hay en la simplicidad profunda del plan, en el desenvolvimiento de la accion, en la verdad sostenida de los caracteres una razon superior, diferente de la imaginacion que sugiere los caracteres, y aquella sensibilidad que proviene de la pasion?

Además de la imaginacion y de la razon, el hombre de gusto debe poseer el amor docto, pero ardiente de la belleza, es necesario que se complazca en su hallazgo, que la busque y que la admire. Intimo placer, trabajo subalterno es comprender y demostrar que algo no es bello, que es defectuoso, pero discernir una belleza, empaparse en ella, ponerla en evidencia y comunicar á los demás lo que nos hace sentir, es un placer esquisito y una obra generosa. La admiracion es á la vez para el que la siente una felicidad y una honra, el signo de una razon elevada servida por un noble corazon. Es una dicha el sentir profundamente lo que es bello, es una honra saber reconocerlo. La admiracion superior á la critica rastrea, á la critica escéptica é impotente, alma de la grande critica, de la critica fecunda puede llamarse la parte sagrada del gusto.

Examinando el gusto que aprecia la belleza, ¿no diremos nada del génio que la produce? El génio no es otra cosa que *el gusto en accion*; compónenlo los elementos de la imaginacion, llevados á su mas alto punto y armados de un poder nuevo y misterioso, el poder de la ejecucion. Pero entramos ya en el dominio del arte. A este llegaremos luego y con él al génio que le acompaña.